

Autos Sacramentales no hayan formado parte de las piezas amorosas y libres con que regalaba á su auditorio.

Vuestra carta está tan llena de encanto como de erudición. Muy obligado os quedaré si queréis hacer pasar alguna instrucción de vuestra vecindad del África á mi vecindad de los Alpes.

Estad persuadido de que en Saboya no se encuentra ningún señor de Oliva.

Á M. DE CIDEVILLE

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Mi antiguo amigo: vuestra linda relación del matrimonio del joven Dupuis ¹, nos viene como de molde; porque figuraos que casamos á la señorita Corneille dentro de algunos días con un joven Dupuits, de unos veintitrés años y medio, abanderado de dragones, que tiene unas 8.000 libras de renta en fincas rústicas, á la puerta de nuestro castillo, de presencia muy agradable y de costumbres encantadoras, que nada tienen de dragón. La diferencia entre este Dupuits y el de la comedia es que el nuestro no tiene padre que dé bromas pesadas á sus hijos; es un huérfano. Damos albergue en nuestra casa al huérfano y á la huérfana, que se aman apasionadamente; esto me rejuvenece, lo cual no impide que tenga una terrible fluxión de ojos, y que esté amenazado de perder la vista, como Lamotte.

Habéis de confesar, amigo mío, que el destino de

¹ Alusión á la pieza *Dupuis et Desronais*, estrenada el 17 de Enero de 1763.

esta niña es singular. Desearía que el bueno de Pedro volviese al mundo, para ser testigo de todo esto, y que viese al bueno de Voltaire llevando á la iglesia á la única persona que queda heredera de su nombre. Comento al tío, y caso á la sobrina; este matrimonio ha venido muy á propósito para consolarme de no tener ya que trabajar con el *Cid*, los *Horacios*, *Cinna*, *Pompeyo* y *Poliuto*. Ahora estoy con *Pertharite*, mal que os pese. La ocupación es triste, y lo que sigue no es mucho más apetitoso. Era preciso que Pedro tuviese el diablo en el cuerpo, para hacer imprimir todo este detestable fárrago. La señorita Corneille, con su linda carita y sus dos ojos negros, vale cien veces más que las doce últimas piezas de su tío Pedro. ¿La conocéis? Es una niña alegre, sensible, honrada, afable y dotada del mejor carácter del mundo.

Adiós, mi querido y antiguo amigo; os envío mi más cariñoso abrazo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Divinos ángeles míos. Casamos, pues, á la señorita Corneille. Es muy justo hacer un regalito al padre y á la madre; pero tan pronto como el padre tiene un luis, se le evapora; gasta el dinero sin sentir, del mismo modo que Pedro hacía versos. Vosotros protegéis á esta familia: ¿podriais encargar á una persona de confianza que diese á Pedro veinticinco luises en varias veces, á fin de que no los gastase todos en un día? Os pido mil perdones; ya sé hasta qué punto abuso de vuestra bondad, pero no se es ángel impunemente.

30970

N. B. — Se podría confiar este dinero á la madre, la cual lo haria durar más.

Por otra parte, debéis comprender cuán desagradable ha de ser para un caballero y un oficial tener un suegro cartero en las calles de París. Seria conveniente que se retirase á Evreux con su mujer, y que se le procurase un estanco ó algún otro empleo semejante, que no exija ni el tener buena letra, ni el ingenio de Cinna. Os someto mi carta á los arrendadores ó asentistas generales; si la encontráis bien, os suplico que la hagáis llegar á su destino. Acaso habria algún miembro de la Academia que la apoyase.

Este empleo sólo duraria, si se desea, hasta que se vea claro en lo de las subscripciones, y se pueda asegurar una subsistencia honrada al padrè y á la madre. Creo también que es conveniente que yo escriba á M. de La-Tour-du-Pin, y que Maria escriba también una palabrilla, aunque ella dice á madama Denis: Mamá, no me siento con genio para la composición.

« Es verdad que la composición no es mi fuerte; pero en cuanto á los sentimientos del corazón puedo medirme con los héroes de mi tío. Conservaré toda mi vida el agradecimiento que debo á los ángeles de M. Voltaire, que son los míos. Os ruego que aceptéis con vuestra bondad ordinaria mi inviolable afecto, mi respeto, y si me lo permitís, la ternura con que he de ser toda mi vida vuestra muy humilde y muy obediente y muy obligada servidora.

« CORNEILLE. »

De ordinario escribe mejor, pero hoy le tiembla la mano. Mis ángeles le perdonarán sin duda.

He creído que era también conveniente que escribiese al señor conde de La Tour-du-Pin, su pariente.

Hay dos palabritas para su hermano; no las merece después de la manera indigna con que se ha conducido tan cristianamente ayudando á Fréron. Pero este abate habia puesto dos letras al pie de una carta del conde á la muerte de su padre; así es que se puede hacer aquí mención de él, lo cual no está demás.

P. S. — No se ha recibido la carta para el padre y la madre, sino después de haber cerrado el paquete principal. Mis ángeles tendrán, pues, que cargar con las consecuencias. Nadie sabe aquí dónde vive el primo hermano de los Horacios y de Cinna. Mis ángeles tienen crédito; protegen á Maria, y harán hallar á los padres, los cuales entregarán en manos de nuestros ángeles la fe de bautismo pedida, suponiendo que exista. Sino, pasaremos sin ella.

À M. LEKAIN

Ferney, 27 de Enero de 1763.

Entre tanto, gran actor mio, que erijo un monumento á Corneille, Racine y Molière, realizo una obra más entretenida; caso á la sobrina de Corneille; y lo mejor es que en tanto que se representa á Dupuis en la Comedia, la caso con un Dupuits. No es Dupuis el viejo, sino un caballero joven, oficial de dragones, cuyas tierras lindan precisamente con las mías. Tengo en mi casa al futuro y á la futura; y cuando vengáis á verme, representaremos todas comedias. Yo haré el ciego á maravilla, porque ya lo soy; pero no diré:

Dieu qui fait tout pour le mieux,
M'a fait une grande grâce
De m'avoir crevé les yeux
Et réduit à la besace.

Os abrazo con todo mi corazón.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

1765

L'abeille est utile sans doute;
On la chérit, on la redoute,
Aux mortels elle fait du bien.

Son miel nourrit, sa cire éclaire;
Mais, quand elle a le don de plaire,
Ce superflu ne gâte rien.

Minerve, propice à la terre,
Instruisit les grossiers humains,
Planta l'olivier de ses mains
Et battit le dieu de la guerre.

Cependant elle disputa
La pomme due à la plus belle,
Quelque temps Pâris hésita,
Mais Achille eût été pour elle.

Señora, perdone Vuestra Majestad estos malos versos: el agradecimiento no siempre es elocuente. Si vuestra divisa es una abeja, tenéis una terrible colmena, la más grande que existe en el mundo; llenáis la tierra con vuestro nombre y vuestros beneficios. Los más preciosos para mí son las medallas que os representan. Los rasgos de Vuestra Majestad me recuerdan los de la princesa vuestra madre.

Tengo además otra felicidad, la de contar en el número de mis amigos á todos los que Vuestra Majestad ha honrado con sus bondades; así es que me considero deudor de cuanto ha hecho tan generosamente por los Diderot, los d'Alembert y los Calas. Todos los literatos de Europa deben estar á vuestros pies.

Soy más viejo, señora, que la ciudad en que reináis

y que embellecéis. Hasta me atrevo á decir que soy más viejo que vuestro imperio, haciendo datar su nueva fundación del creador Pedro el Grande, cuya obra perfeccionáis. Sin embargo, creo que me tomaría la libertad de ir á hacer la corte á la maravillosa abeja que gobierna tan vasta colmena, si las enfermedades que me agobian permitiesen á este pobre zángano salir de su colmena.

Me haría presentar por el señor conde de Schouvalof y por su señora, á quienes he tenido el honor de poseer algunos días en mi modesto retiro. Vuestra Majestad imperial ha sido el asunto de nuestras conversaciones, y jamás he sentido tanto no poder viajar.

Me atrevería, señora, á decir que estoy algo pesaroso de que os llaméis Catalina. Pero sea Juno, Minerva, Venus ó Ceres, nombres que se adaptan mucho más á la poesía en todos los países, me pongo á los pies de Vuestra Majestad imperial con agradecimiento y con el más profundo respeto.

AL SEÑOR MARQUÉS DE MIRANDA

Camarero mayor del rey de España, escrita bajo el nombre de un atmam de Basilea.

10 de Agosto de 1765.

¿Os atrevéis á pensar en un país donde esta libertad era considerada como una especie de crimen? Hubo un tiempo en que en la corte de España estaba casi prohibido cultivar la razón, sobre todo cuando los jesuitas gozaban de gran crédito. El embrutecimiento del espíritu era un mérito en la corte. Vuestros reyes eran como los doctores de la comedia italiana. Escogían por confidentes y favoritos á verdaderos arlequines, porque

eran tontos de capirote. Al fin tenéis un ministro ilustrado que, estando dotado de mucho ingenio, ha permitido que los demás lo tuviesen. Sobre todo, ha comprendido el vuestro. Pero las preocupaciones son aún más fuertes que vos y que él. Aunque se presentasen en vuestra corte Cicerón y Virgilio, verían que frailes y curas serían más escuchados que ellos; tendrían que huir ó ser hipócritas. Tenéis á la entrada de Madrid una aduana del pensamiento para impedir que entren las ideas nuevas como si fuesen mercancías de Inglaterra.

En vuestro país se echa á presidio á un librero que presta un libro á un oficial de la corte para distraerle durante su enfermedad.

Los griegos esclavos tienen más libertad en Constantinopla que vosotros en Madrid.

Tal es, señor, el estado en que ha estado vuestra corte hasta el ministerio del señor conde de Aranda, y hasta que se ha acercado á la persona de Su Majestad un hombre de vuestro mérito. Pero la tiranía monacal dura todavía. No podéis confiar vuestro corazón sino á amigos en muy corto número. No os atrevéis á decir al oído de un cortesano lo que un inglés diría en pleno Parlamento.

Habéis sido dotado de superior genio; hacéis versos tan lindos como los de Lope de Vega, y escribís en prosa mejor que Gracián. Si estuviésteis en Francia os tomarían por hijo del abate de Chaulieu y de Madama de Sévigné; si hubierais nacido en Inglaterra seriais el oráculo de la Cámara de los Lores. ¿De qué os servirá todo esto en Madrid, si pasáis vuestra juventud en constreñiros? Sois un águila encerrada en una jaula, un águila guardada por buhos.

Os estoy muy agradecido, señor marqués, por el relato que habéis tenido á bien enviarme. Parece que conocéis bien á los hombres, y de ahí deduzco que en ciertos momentos debéis sentir profundo hastío; pero supongo que habéis hallado en Madrid una sociedad digna de vos y que podéis filosofar á vuestras anchas en vuestro *cactus selectus*. Conquistaréis insensiblemente discípulos; iréis elevando las almas, comunicándoles la vuestra, y cuando ocupéis elevados cargos, vuestro ejemplo y vuestra protección inspirarán á dichas almas toda la elevación que les falta. Bastan tres ó cuatro hombres de valer para cambiar el espíritu de una nación.

Soy, señor, con el mayor respeto, vuestro humilde y obediente servidor.

AL SEÑOR CONDE DE AUTREY

6 de Septiembre de 1765.

Pasó el tiempo, señor, en que Pitágoras viajaba para ir á enseñar á los pobres indios. Vos preferís vuestra residencia campestre á mi humilde vivienda. Podéis estar persuadido de que moriré muy afligido por no haber podido veros. He tenido el honor de pasar algún tiempo de mi vida en compañía de vuestra señora madre, cuyo ingenio habéis heredado, con mayor dosis de filosofía.

Si hubiera podido teneros en mi casa este otoño, os habríais encontrado con un filósofo que hubiera podido, y que merece contender con vos; por mi parte, os

hubiera escuchado á ambos, y no hubiera tomado parte en la contienda. Hubiera procurado solamente proporcionaros una buena mesa, más sencilla que delicada. Hay alimentos muy antiguos y muy buenos, que han sentado muy bien á todos los sabios de la antigüedad. Vos sois aficionado á ellos, y yo los comería de buen grado en vuestra compañía; pero declaro que mi estómago no puede acomodarse con la nueva cocina. No puedo tolerar un guiso de lechecillas de ternera, nadando en una salsa salada que se eleva quince líneas sobre el nivel de las lechecillas. No me es posible comer un picadillo compuesto de pavo, liebre y conejo, que se me quiere hacer tomar por una sola clase de vianda. No me gustan ni los pichones á la crapodina, ni el pan sin corteza. Bebo vino moderadamente, y encuentro muy raros á los que comen sin beber, y no saben siquiera lo que comen.

No os ocultaré que no me gusta que se hable la gente al oído mientras se está en la mesa, ni que cuente uno á su vecino lo que hizo ayer, cosa que no le interesa, ó de que puede abusar; no desapruuebo que se diga *Benedicite*; pero deseo que no se pase más adelante, porque si se hace así nadie se entiende; la reunión se convierte en baraúnda, y se disputa á cada servicio.

En cuanto á los cocineros, no podría soportar la esencia de jamón, ni el exceso de setas, pimienta y nuez moscada con que disfrazan manjares muy sanos en sí mismos, y que yo desearía que ni siquiera fuesen mechados.

Hay gente que pone en la mesa un gran centro al que se prohíbe tocar; esto me parece muy descortés. No se debe servir á su huésped un plato sino para que coma de él, y es muy injusto incomodarse con el mismo porque haya encentado un plato de dulce que le hayan

presentado en la mesa. Y lo peor es que después de incomodarse por tan poca cosa, hay que reconciliarse y hacer con frecuencia una paz vergonzante, que es con frecuencia peor que una enemistad declarada.

Quiero que el pan esté cocido en el horno del pueblo, y no en un horno particular. Podriais comer higos verdes, pero sería en la estación de ellos.

Una cena sin aderezos, tal como la que propongo, hace esperar un sueño muy agradable y muy tranquilo, no turbado por ningún sueño desagradable.

He aquí, señor, cómo desearía tener el honor de comer en vuestra compañía; ahora estoy algo enfermo. No tengo gran apetito, pero vos me lo comunicaríais, y me haríais hallar gusto en mis sencillos alimentos.

Madama Denis agradece muchísimo el honor de vuestros recuerdos. Sigue enteramente mi régimen. Por otra parte, es excelente actriz; os hubierais alegrado mucho de verla y oirla en una mala pieza imitada del griego, y titulada *Orestes*, aun al lado de Made-moiselle Clairón. Á lo menos seguid dispensándome los testimonios de vuestra bondad, ya que me negáis vuestra presencia real.

AL SEÑOR ABATE DU VERNET

1765.

Felicito, señor abate, á los habitantes de la ciudad de Vienne por haberos confiado su colegio. Los jóvenes de esta ciudad habrán dado un gran paso hacia la sabiduría cuando empiecen á avergonzarse de las atrocidades de sus antepasados con respecto al desgraciado Servet. Conviene mucho que sepan desde muy

temprano que este médico español, medio teólogo y medio filósofo, antes de ser quemado á fuego lento en Ginebra, había sido ya condenado á ser quemado vivo en medio del mercado de los cerdos, en Vienne. Es preciso que sepan esos jóvenes que Servet era el amigo y el médico del arzobispo y del primer magistrado de la ciudad: ambos le debían la salud; pero el fanatismo apagó en ellos todo sentimiento de amistad y agradecimiento. El prelado permitió á su oficial, escoltado por un inquisidor de la fe, que declarase hereje á su médico; y el magistrado, acompañado de cuatro ó cinco asesores tan ignorantes como él, creyó que para agradar á Dios y edificar las buenas almas del Delfinado, debía en conciencia hacer quemar á su amigo Servet, declarado hereje por un inquisidor de la fe.

Soy, etc.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

27 de Enero de 1766

Me postro á vuestras plantas, señora. Veo por vuestra carta del 6 de Enero que, sin embargo, no ha llegado en mis manos hasta el 18, que habéis estado muy alarmada por causa mía. Estad segura de que me desesperaría la más ligera aflicción. Ya comprenderéis que en la situación en que estoy, no debo dar el menor pretexto á la calumnia: ya sabéis que se apodera de las cosas más inocentes para envenenarlas.

Hay gente que me envidia mi retiro en medio de las rocas, que no tendría piedad de mi vejez ni de las enfermedades que me abruman, y que me perseguiría hasta más allá de la tumba; pero estoy plenamente tranquilizado con vuestra carta, y vos habéis debido ver por mi

última con qué confianza os abro mi corazón. Este corazón está lleno de vos, se muestra continuamente sensible á vuestro estado y á vuestro mérito; está enamorado de vuestra imaginación y vuestro candor, y os permanecerá fiel y adicto mientras pueda latir dentro de mi débil cuerpo.

Vos y vuestro amigo podéis estar convencidos por mi última carta de lo lejos que estoy de ciertos filósofos modernos que se atreven á negar una inteligencia suprema creadora de los mundos. No puedo concebir cómo tan hábiles matemáticos niegan la existencia de un matemático eterno.

No era así como pensaban Newton y Platón. Siempre he seguido el partido de estos grandes hombres. Adoraban á Dios y detestaban la superstición.

No tengo de común con los filósofos modernos sino el horror al fanatismo intolerante; horror muy razonable que es útil inspirar al género humano, para seguridad de los príncipes, tranquilidad de los Estados y felicidad de los particulares.

He aquí lo que me ha ligado con personas de mérito, que tienen tal vez demasiada inflexibilidad de espíritu, que se pliegan muy poco á las conveniencias sociales, que gustan más de instruir que de agradar, que quieren hacerse escuchar, y desdennan escuchar á los demás, pero que, sin embargo, compensan estos defectos con grandes conocimientos y grandes virtudes.

Por otra parte, tengo motivos particulares para estar unido á algunos de ellos, y una amistad antigua es siempre respetable.

Pero estad muy persuadida, señora, de que entre todas mis amistades la vuestra es la que más estimo.

No considero sin extremada amargura la necesidad de morir sin haber tenido el gusto de conversar con vos

algunos días: hubiera sido mi mayor consuelo. Vuestras cartas suplen esta necesidad: cuando os leo, creo que os estoy oyendo. Nadie tiene una inteligencia más amiga de la verdad que vos. Vuestra alma se pinta toda entera en todo lo que imagináis: es la naturaleza misma con una inteligencia superior; no hay en ella ningún arte, ningún deseo de hacerse valer, ningún artificio, ningún disfraz, ningún embarazo; todo lo que no es así me hiela y me pone fuera de mí.

AL SEÑOR CONDE DE ESTAING

Ferney 8 de Septiembre de 1766

Señor, la carta con que me honráis y las instrucciones que la acompañan me inspiran tanto pesar como agradecimiento. Si hubiese sido bastante afortunado para recibir antes estos documentos, hubiera tenido la satisfacción de hacer la justicia debida á vuestro mérito y á vuestras nobles acciones. No han llegado á mis noticias sino después de tres ediciones; pero si vivo lo suficiente para hacer una nueva, os respondo que aprovecharé con el mayor celo las luces que habéis tenido la bondad de comunicarme.

Veo que vuestros conocimientos igualan á vuestra bravura. No me he atrevido á comprometer vuestro ilustre nombre en la historia de las desdichas de Pondichery y del general Lally. El diario del bloqueo, del sitio y de la toma de esta ciudad, insinúa que es á vos á quien Chanda Saeb preguntó si de ordinario se escogía en Francia á un loco como gran visir. Me he guardado mucho de citaros con tal motivo. Me ha parecido que aquel jefe infortunado había perdido la cabeza, pero que no merecía que se la cortasen. Estoy tan per-

suadido de la extrema superioridad de las luces de los jueces, que no he podido nunca comprender su sentencia en virtud de la cual se condena á un teniente general de los ejércitos del rey por haber hecho traición á los intereses del Estado y de la Compañía de Indias. Creo que está demostrado que no ha habido semejante traición, y encuentro esta catástrofe muy extraordinaria.

Estoy persuadido de que si el ministerio hubiese preparado algunos meses antes la expedición del Brasil, hubierais hecho esta conquista en poco tiempo, y Francia os hubiera quedado obligada por haber hecho una paz más ventajosa.

Cuanto decís acerca de las colonias, así francesas como inglesas, me demuestra que sois igualmente á propósito para combatir y para reinar.

La manera con que los ingleses os trataron cuando fuisteis apresado en un barco mercante exigía, según creo, que los ministros ingleses os diesen las satisfacciones más auténticas y os tratarasen con todas las consideraciones y obsequios debidos. Así hicieron con el señor Ulloa. En excusa suya quiero creer que los que os retuvieron en Plymouth no sabían aún quién erais.

Mi vejez y mis enfermedades no me permiten abrigar la esperanza de poner algún día en claro las cosas que os habéis dignado confiarme; pero si hubiese alguna ocasión en que hacer uso de ello, no dudéis de mi celo.

En caso de que me honréis con vuestras órdenes os ruego, señor, que agreguéis á vuestras bondades la de decirme vuestra opinión sobre la sentencia dictada contra M. de Lally y sobre la conducta que se observaba en Pondichery. Estad persuadido de que os guardaré el secreto.

Tengo el honor de ser, etc.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

19 de Noviembre de 1766

Os escribi, creo, ángeles míos, el día 8 de este mes, que podría enviaros el primer acto de mi *Bergerie*, y antes de que me hayáis contestado está terminada la obra. ¡Una tragedia de pastores, y una tragedia hecha en diez días! me diréis. ¡Que os encierren en la casa de locos, que os den buenos caldos y pociones refrescantes, como á Juan Jacobo!

Divinos ángeles míos; antes de hacerme refrescar, leed la pieza y cambiaréis de idea. Pensad que cuando nos atrae un asunto interesante como la pintura de costumbres agrestes, opuestas al fausto de las cortes orientales, ó pasiones verdaderas, ó acontecimientos sorprendentes y naturales, boga uno á velas desplegadas, y vuela al puerto en diez días. Un asunto desagradable exige un año y un largo trabajo que resulta inútil; un asunto feliz se arregla por sí mismo. *Zaira* no me costó sino tres semanas. ¡Pero cinco actos en verso á los sesenta y tres años y enfermo! Debo seguramente tener el diablo en el cuerpo, según os he dicho. ¿Serán tal vez los versos duros, ásperos y llenos de inútiles epítetos? No lo creo. Fiaos de ese diablo que me ha inspirado; leed; os repito. Mamá Denis está espantada, y aún no quiere creerlo.

No se trata de *Tancredo*, ni de *Alzira*, ni de *Mahoma*, etc.

No se parece á nada y, sin embargo, no es extravagante. Por lo que toca á las lágrimas, los espectadores habrán de derramarlas, aunque sean de piedra. Estremecimientos tampoco han de faltar, seguramente, á

menos que falten los nervios, y no es el exjesuita ¹ quien ha hecho esta pieza, sino yo.

Dans la fatuité de mon orgueil extrême,
Je le dis à Praslin, à vous, à Fréron même.

Mi *Bergerie* sale hoy. Se la envío al señor duque de Praslin para vos. Haced leer esta droga á Le Kain, y que M. de Chauvelin deje de asistir á la hora de acostarse el rey por oirla. Recomendadme con el mayor calor á ese M. de Chauvelin: que el señor duque de Praslin juzgue por la lectura; después burlaos de mí, y yo mismo reiré con vosotros.

Respeto y cariño.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

20 de Noviembre de 1766.

Divinos ángeles míos, según esperábais, os envío las correcciones que os ruego hagáis pasar al manuscrito.

Mamá Denis y uno de los actores de nuestro teatrillo de Ferney, loco de taberna, y difícil de contentar, dicen que no hay nada que hacer, que todo dependerá de la manera de representar de los cómicos; que deben representar los *Escitas* como han representado el *Filósofo sin saberlo*, y que los *Escitas* han de producir el mayor efecto si los actores no lo representan fríamente, ó toman el rábano por las hojas.

Mamá Denis y mi viejo cómico de Ferney aseguran que no hay un solo papel en la pieza que no pueda representarse con lucimiento. El contraste que anima la pieza desde el principio hasta el fin debe ayudar á la

1. El P. Adam, á quien Voltaire albergaba en su casa desde la supresión de su orden en 1763.

declamación, se presta mucho al juego mudo, á las actitudes teatrales, á todas las expresiones de un cuadro vivo. Ved, ángeles míos, lo que pensáis de ella; vosotros sois los jueces y árbitros soberanos.

Creo que se debe representar la pieza inmediatamente, y he aquí la razón. No hay obra nueva sobre materia muy delicada que no me imputen; los libros de esta especie llueven por todos lados. Sería infaliblemente víctima de la calumnia si no pruebo la coartada. ¿Y qué mejor coartada que una tragedia? En efecto, dirán: Ved ese pobre viejo; ¿es posible que haga á la vez cinco actos y esos libros que le achacan? Las gentes honradas verán entonces que es una impostura.

Os suplico, ángeles benéficos, que mostréis la carta adjunta al señor duque de Praslin, ó por lo menos le digáis la substancia. Será muy útil que ordene á uno de sus secretarios ú oficiales primeros que excite con la mayor actividad á M. Duclairon á que descubra quién es el tunante que ha enviado de París á los envenenadores de Holanda su veneno contra toda la corte, contra los ministros y contra el rey mismo, y que hace pasar su droga con mi nombre.

He aquí el reparto que hago, según vuestras órdenes, de los papeles para la Academia Real del Teatro Francés.

¡Oh ángeles, nunca he estado tan pendiente del extremo de vuestras alas!

N. B. Hay, sin embargo, en la *Lettre au Docteur Pansophe* repeticiones y pesadeces. Seguramente debe ser del abate Coyer.

N. B. ¿Queréis poner al corriente del asunto á mi gordo sobrino el abate Mignot?

AL SEÑOR MARQUÉS DE VILLETTE

Ferney, 1 de Diciembre de 1766.

Tengo que pedirlos, caballero, un favor muy chusco. Cuando me hicisteis el favor de honrar mi tugurio, observé que no sometiais nunca vuestro lindo rostro al jabón y á la navaja de un ayuda de cámara que os coge por la nariz y os escalda la barba. Os serviais de unas pinzas muy cómodas, armadas de una tijerilla, que abraza la raíz del pelo sin morder la piel. Yo también las uso, aunque hay una enorme diferencia entre vuestro rostro y el mio. Pero es preciso que este arte sea muy poco cultivado, puesto que no he podido encontrar ni en Ginebra ni en Lyon unas pinzas pasables: escasean tanto como los buenos libros nuevos. Os pido por favor que ordenéis á uno de vuestros criados que me compre media docena de pinzas semejantes á las vuestras. No habría más que enviarlas en una carta á M. Tabareau, suplicándole que las hiciese llegar á mis manos.

Verdaderamente el encargo es bastante ridículo. Preferiría pellizcar á todos los malos poetas, á todos los calumniadores, y á todos los envidiosos, antes que pellizcarme las mejillas; pero, en fin, me veo reducido á este extremo. Soy como los habitantes de nuestras colonias, que no saben cómo hacer cuando están esperando de Europa agujas y peines. En fin, los pequeños regalos conservan la amistad, y yo quedaré muy agradecido á vuestra bondad.

AL CARDENAL DE BERNIS

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Monseñor, deseo á vuestra Eminencia un feliz año nuevo, si es que puede haber años felices; porque en general son bastante medianos: yo he vivido ya setenta y tres, y ninguno ha sido muy bueno. No puedo imaginarme nunca que abandonéis por completo las bellas letras, pues seriais un ingrato. Aun cuando hagáis himnos latinos, os seguirán gustando los versos franceses. No digo que os gusten los míos, pero me obligareis á hacerlos mejores. Me habéis acostumbrado á tomarme la libertad de consultaros; presento, pues, por via de aguinaldo á vuestra musa arzobispal una tragedia profana. Me ha parecido tan gracioso poner en la escena trágica á una princesa que remienda sus camisas y á gente que carece de ella, que no he podido resistir á la tentación de hacer lo que nunca se había hecho. Me ha parecido que todas las condiciones de la vida humana podían ser tratadas sin bajeza, y aunque la dificultad de ennoblecer semejante asunto sea bastante grande, me ha sostenido el placer de la novedad; he olvidado el *solve senescentem*; pero si vos me decis *solve*, lo hecho todo al fuego. Echad á él este aguinaldo si os fastidia, y tened en cuenta solamente el deseo de agradaros. Me lisonjeo con el pensamiento de que gozáis de una excelente salud y sois feliz. Sé, por lo menos, que hacéis felices á muchos, y éste es el mejor camino para serlo. Hacéis mucho bien en vuestra diócesis, contempláis la tormenta desde lejos, y esperaréis tranquilamente el porvenir.

En cuanto á mí, endeble y flaco, hago la guerra

hasta el último momento á jansenistas, á molinistas, á Frerón, á Pompignan, á derecha, á izquierda, á los predicadores y á Juan Jacobo Rousseau. Recibo cien estocadas, doy doscientas, y río. Veo á mis puertas á Ginebra en plena combustión por querellas bizantinas, y sigo riendo; á Dios gracias considero á este mundo como una farsa que á veces se vuelve trágica.

Todo es igual al cabo de la jornada, y todo es más igual aún al cabo de todas las jornadas.

Sea como sea, ardo en deseo de que seáis mi juez, y os pido por favor que me digáis si he podido distraeros una hora. Sois pastor, y os envío una tragedia cuyos personajes son pastores. Es verdad que los pastores de la Escitia no se parecen á vuestras ovejas de Albi. Pero hay siempre algunos rasgos que nos recuerdan á los que conocemos. Gusta uno de ver en las pinturas, aunque imperfectas, algo de lo que ha visto en otro tiempo. Estas reminiscencias entretienen y hacen pensar. En una palabra, monseñor, seguid siempre aficionado á los versos; perdonadme los míos, y continuad dispensando vuestras bondades á vuestro antiguo y fiel servidor.

Á M. DE CHABANÓN

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Hace largo tiempo que hubiera debido daros las gracias por haber hecho, mi querido colega, vuestra tragedia. Ya sabéis cuánto adoro el talento. M. de La Harpe trabaja en mi casa diez horas por día, y yo, viejo loco, hago otro tanto. Se ha apoderado nuevamente de mí como de vos el furor de las tragedias; pero, por Melpómene, guardémonos muy bien de hacerlas re-